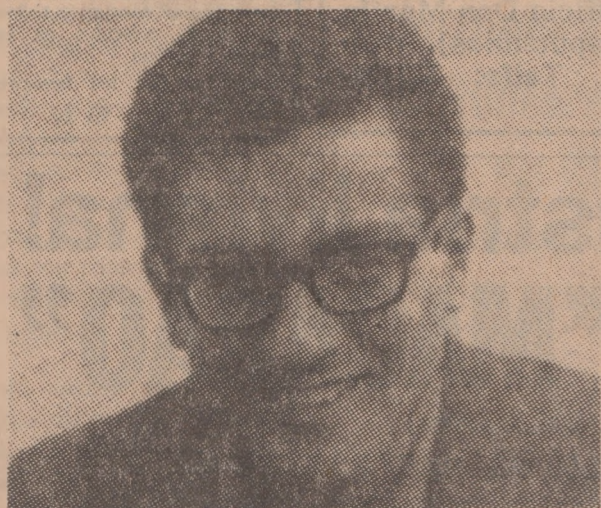


CULTU



José Emilio Pacheco: Reflexión e invención.

No he dejado de sentir, toda vez que he leído poesía o prosa narrativa del mexicano José Emilio Pacheco, que él es una "especie en peligro", tal como él designa a algunas criaturas de una sección de *Islas a la deriva*. Ante todo porque en vez del individuo roto y aislado que tanto propone la poesía moderna, él aparece como el miembro de una especie, como tal dotada de una oscura memoria ancestral que lo integra a una ambición conjunta, vasta y extendida como la especie toda; y luego, porque pertenece a una especie delicada, que parece tener cada vez menos representantes, los que por lo tanto han devenido solitarios y un poco escépticos, como aristócratas en época de decadencia; sabios, refinados, reflexivos, educados y pesimistas.

El acierto de antologizar cinco libros de poesía que cubren una producción continua que se abre en 1958 y que por lo tanto equivale a los tradicionales "veinte años después" permite percibir la coherencia de esta proposición poética, donde hay evoluciones, circunstancias frecuentemente, accidentes a veces, pero todo ello dentro de un fraseo armónico que subraya su unidad esencial, su radical, terca y disciplinada fidelidad a sí misma, cosa más ponderable por tratarse del trazado de un camino que no es ni de los frecuentados ni de los estimados por la estética contemporánea. Los dos versos de Antonio Machado que ya presidían la creación de los heterónimos de *No me preguntes como pasa el tiempo*, sirven para medir el recorrido de estos veinte años de poesía: "Hoy es siempre todavía... Ayer es nunca jamás". Todas las potencialidades vivientes, abiertas al futuro, que se desplegaban en su primer

La Poesía de José ^{Emilio Pacheco} Miguel ~~Oviedo~~

Reflejos en

libro. *Los elementos de la noche* (1963) son ahora el balance de *Ayer es nunca jamás*, pero la "labor del minuto y el prodigio del año" en quien ha sido definido como "poeta del tiempo" no han implicado la constante novación sino la esencialización.

Se lo puede percibir en su relectura (correctiva) de su primer libro, porque al despojarlo ahora de la hojarasca repetitiva que oscurecía las significaciones, éstas se emparentan con las que por debajo de circunstancias, situaciones variables y golpes de la historia, recorren sus posteriores libros y muestran en agraz un proyecto literario que no ha hecho sino robustecerse. Es el progreso de la precisión poética lo que se vuelve evidente sin mengua de una orientación que viene de sus veinte años, pero que en ese entonces carecía del apoyo teórico que las posteriores aportaciones sobre la intertextualidad y la literaturidad habrían de concederle.

Como es propio de nuestro tiempo, la poesía nace de un derrumbamiento ("se derrumban los días, la fe, las previsiones" dirá en *Los elementos de la noche*) y si una aguda sensibilidad heraclitana detecta la irreparable fugacidad y proclama que "Nada se destruye, nada otorga el verdor a los valles calcinados", en el páramo subsistente la tarea que tantas veces parecerá vana y superior a toda fuerza será la de crear un nuevo orden de la belleza que no sólo se proveerá en la inmediata experiencia sino también en la tesonera reconstrucción de una nueva historia. Dicho de otro modo, la rotación y el movimiento son sin duda los constructores del pasado, pero de él añoran no sólo las afinidades sorprendentes sino también las diferencias, no menos sorprendentes, la pluralidad de caminos, lo que no implica obligadamente el eclecticismo. Esta línea de Pacheco es certificada por Paz en el prólogo a la *Poesía en movimiento* (1966) pero estaba presupuesta en sus dos libros ya publicados para la fecha, *Los elementos de la noche* y *El reposo del fuego* y en los poemas del tercero que publicaría en 1969, *No me preguntes como pasa el tiempo*. Ellos se acompañan de esmeradas versiones de poemas antiguos y modernos o, más bien, de reconstrucciones como puede intentar un erudito (si fuera poeta) sobre desvaídos y deshilachados pergaminos de los que emergen versos, palabras sueltas, conjunciones, prevaleciendo del fragmentarismo para cantar sobre un falso modo antiguo. De hecho proponiendo

RALES

Angel Rama

un Ojo Interrogante

una plena inversión que se ^{n/}emascara bajo su aire de citación.

Más que la ruptura es directamente la tradición lo que ha de postularse y ha de crecer a lo largo de los veinte años, tanto en la poesía como en la narrativa de Pacheco, pero una tradición sutilmente equívoca. Del mismo modo que su propios poemas siempre parecen versiones provisionarias y precarias, prontas a derrumbarse y reconstituirse (y no en vano dice en la nota a *Ayer es nunca jamás* que "reescribir es negarse a capitular ante la avasalladora imperfección", sus traducciones se titularán "aproximaciones" como una excusa a la recreación que es cada vez más cierta y su poesía se dejará penetrar por una maraña de alusiones literarias, esa incorporación del verso ajeno que para Eliot era una prueba de la sabiduría de Dante, esa evocación elusiva de un tema ya trabajado en la historia como gustaron los escritores clásicos, ese monodílogo que rescata como sombra del poema a otro poema y lo suplanta. La insignia de su heterónimo Julián Hernández, *La poesía no es de nadie: se hace entre todos*, no sólo implica el gran magma lingüístico pluriautorial en que nos movemos sino lo que de él nos queda correspondiente a épocas pasadas, conformando un universo complejo y siempre procreativo.

Pero la poesía es diálogo; no sólo respuesta sino pregunta. En éstas siempre es perceptible la voz del poeta de un modo inconfundible. Como una tenaz oposición a la retórica, Pacheco se instala en el tono menor, en el modo elusivo, elíptico y preciso, que le permite manejar tanto el coloquialismo como la meditación culta, tanto la ironía educada como el análisis interpretativo de las cosas que pasan. Hay siempre una distancia entre el fragor del mundo y esta conciencia reflexiva que siente y sufre y hay múltiples sistemas de mediaciones que tejen la red asociativa y resinsertan a la conciencia en el fluir constante donde todo brilla y se desvanece. Pero aún así ella es resistente, deja clara constancia de su existencia y de su diferencia: la subjetividad se testimonia a sí misma al dar testimonio del universo y de la cultura que lo ha construido.

El signo que Paz atribuyó a Pacheco es el Lago, "aquello que contempla, recibe, reflexiona", aquello que "se concentra", "se contiene en una claridad quieta". Reflejo-reflexión, una pareja que pa-

rece rebajar la función del sujeto en beneficio del objeto exterior, como si la observación, la elección, la combinación y el trabajo mismo del psiquismo, tan visiblemente irrigado por pulsiones de vida y muerte que con tanta delicadeza encienden palabras claras y medidas, no operara intensamente prodigando la invención. Entre los plurales modos de inventar la rosa, quizás estemos agotando los más aparatosos que desperdigó el surrealismo y hubiera otro modo que se instala en la representación o en la función simbólica (como la define Cassirer), por tratarse de una operación constitutiva del sujeto, que no se desprende sino que se elabora asimismo sobre la realidad. Pienso que la percepción de la historia, tan visible en *Irás y no volverás* o en el discurso de las "Antigüedades mexicanas" de *Islas a la deriva*, constituye un indicador de este modo de trabajar por una vía también aunque no mística ni idealista, sino histórica y real. Si sus riesgos son conocidos, en Pacheco son sorteados por una dosificación equilibrada de las partes, por un encuentro en que se ajustan los dos del diálogo.

José Miguel Oviedo que ha seguido acuciosamente esta poesía (en su ensayo prologal, "*La poesía como ready-made*") concluye su recorrida consignando: "Si la poesía no es ya sino digresión y escolio, ésta ha conseguido serlo y expresarlo de manera insuperable". Pienso que no son esas sus únicas eventualidades, que también es posible verla como un diálogo en que el poeta debe asumir las dos voces, la del tiempo, la de la historia, de la cultura y la suya que sobre esos materiales, como en los fenómenos del "bricolage" que ha descrito Levi Strauss, debe componerse, existir, dar fe de la existencia de las cosas y de sí mismo como sujeto. La fugacidad, la destrucción, la deriva, la debilidad y hasta la perversión del universo no contagian, ni empañan, el ojo vigilante de esta conciencia. Se diría, al revés, que lo conforman y lo tornan cristalino, irreductible. Sabe que traduce y que traiciona, también él, pero lo sabe. Como dice en *El reposo del fuego*, evocando obligadamente a Buda: "Todo el mundo está en llamas: lo visible arde y el ojo en llamas lo interroga". •

1. José Emilio Pacheco: *Ayer es nunca jamás*. Caracas, Monte Avila, 1978, 175. Selección y prólogo de José Miguel Oviedo.